

cionales del protestantismo. Igualmente, el dogmatismo exige que, para que el hombre pueda, considerando la naturaleza, distinguir lo que es verdaderamente un dogma natural de lo que no lo es, debe éste someter sus evidencias á los criterios adicionales que hemos examinado.

PARS TERTIA DESIDERATUR.

CUARTA PARTE.

DE LA VERDADERA Y DE LA FALSA FILOSOFIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LO QUE LA FILOSOFÍA NO ES, DEL ERROR QUE SE COMETE EN DEFINIR LA FILOSOFÍA EL CONOCIMIENTO RACIONAL DE LA VERDAD, Y CON ESTE MOTIVO, DE LO QUE ES EL CONOCIMIENTO Y DE LO QUE ES LA RAZON, Y DEL MECANISMO DEL RACIOCINIO.

§ 1.º Falsas definiciones de la filosofía.—Peligros que encierran.—Diferentes maneras de conocer.—El sentimiento y los primeros principios.—Operaciones del entendimiento.

ANTES de establecer lo que es verdaderamente la filosofía, debemos decir lo que no es; así como la luz no brilla sino por la ausencia de las tinieblas, así también la verdad no brilla hasta que se han disipado las nubes del error.

Acabamos de ver que las definiciones de la filosofía dadas en los modernos cursos de esta ciencia, se asemejan, y que, con diferentes palabras, espresan siempre el mismo pensamiento, esto es, *corresponde á la filosofía conducir por el raciocinio el espíritu del hombre al conocimiento de la verdad.*

La verdad es el alimento del espíritu, á la manera que el pan es el alimento del cuerpo; y así como considerado como sér corporal el hombre vive de pan ó de lo que hace sus veces, así también como sér intelectual vive de verdad. Por consiguiente, como según la doctrina de la sabiduría moderna, la filosofía sola es quien suministra al hombre este alimento espiritual, el conocimiento de

la verdad, el estudio de la filosofía le es tan necesario como el cuidado de proporcionarse alimentos corporales; y todo hombre debe ser filósofo, so pena de no vivir de la vida del espíritu.

Esta conclusion se encuentra afirmada con todas sus letras, sostenida con una formalidad que seria ridicula si no fuese funesta en todos los mencionados cursos; y aun es la primera leccion que se da en ellos, á fin de inspirar á la juventud estimacion y amor á esta disciplina. Y lo más sorprendente y al par lamentable es, que no sólo los puros racionalistas, los filósofos anti-cristianos y ateos, sino hombres de fe, profesores católicos, y hasta sacerdotes religiosos, presentan tambien á la juventud cristiana la filosofía como fuente única de toda luz y de toda certidumbre, y su estudio como la condicion *sine qua non* DE CONOCER LA VERDAD.

El P. Gudin, ese sabio dominicano, ese ardiente defensor de la filosofía de santo Tomás, ese temible azote del cartesianismo, fué el primero que, á principios del siglo último, profesó de la manera más esplicita y más formal, á la cabeza de su curso de filosofía, esta doctrina. Sostiene en ella formalmente estas tres tesis: *Que la filosofía es necesaria al hombre, 1.º como hombre; 2.º como ciudadano; 3.º como cristiano.* Lo cual es afirmar que, sin haber estudiado la filosofía, no se puede ser buen cristiano, buen ciudadano, ni aun verdadero hombre.

Desde entónces, esta doctrina, que es el punto de partida de la filosofía de Descartes, no ha cesado de ser enseñada en todas partes hasta por los más temibles adversarios de las teorías cartesianas, aun en las escuelas que han permanecido fieles á la ortodoxia católica, aun en libros aprobados por autoridades eclesiásticas. Casi todos esos libros llevan al frente sólo estos ú otros títulos parecidos: *De la investigacion de la verdad. — Del conocimiento de la verdad. — Investigaciones filosóficas. — Sistemas comparados sobre el origen de los conocimientos humanos;* y el primer capítulo de todos los tratados de lógica se titula: *De invenienda veritate.* Así, pues, nuestros profesores de filosofía no son más

que *investigadores* que enseñan á sus discípulos á investigar tambien, sin saber unos ni otros esplicarse la especie de verdad perdida que deben encontrar, ni la especie de verdad oculta que deben descubrir.

¡Y si esto no fuese más que una necedad, un juego, una broma, se podria no hacerle caso! Pero no hay nada más peligroso, ni más propio para falsear el espíritu de la juventud estudiosa, que semejante doctrina sobre la mision de la filosofía.

Esta doctrina, segun lo hemos demostrado en la *Tradicion*, es la base de la grande herejía actual, RACIONALISMO de todos los colores. Pues, escepto los racionalistas *absolutos* que pretenden que todo hombre puede, con su propia razon, conquistar TODA verdad, y los semi-racionalistas que se llaman *mitigados*, ó los semi-pelagianos de la filosofía, segun los cuales el hombre no puede, con su propia razon, alcanzar más que CIERTO NÚMERO de verdades; en todas las escuelas racionalistas y sus sucursales, todo el mundo está completamente de acuerdo sobre el dogma de que: «El conocimiento más ó menos profundo, más ó menos extenso de la verdad, no es ni puede ser obra sino de la razon de cada hombre, y que la filosofía no es otra cosa que esta misma razon buscando, siguiendo, examinando la verdad y conquistándola».

En seguida, hacer del conocimiento de la verdad el fin inmediato de la filosofía, es insinuar tácitamente á los cristianos: que el divino Autor del Cristianismo, prometiendo á sus discípulos que el Espíritu Santo les enseñaria toda verdad: *Ipse docebit vos omnem veritatem* (Joan., XVI, 13), no hizo otra cosa que chancarse ó mofarse de ellos; pues el Espíritu Santo no habria enseñado ninguna verdad á la Iglesia, puesto que el hombre, el ciudadano y aun el cristiano estan obligados á pedir á la filosofía toda verdad. Esto es, hasta declarar abiertamente que fuera de la filosofía no hay conocimiento posible de la verdad; que ni la tradicion, ni el consentimiento universal de la humanidad, ni la instruccion social, ni la enseñanza de la Iglesia, suministran nada

ciertamente verdadero; y que, en el descubrimiento de la verdad no deben tenerse en cuenta la fe y la autoridad, sino proceder únicamente por medio de los racionios, de los caprichos, de los sueños ó delicias del espíritu particular.

Así, pues, la primera leccion que se da en filosofía á los hijos de la Iglesia, es que, léjos de ser la COLUMNA Y EL BALUARTE DE LA VERDAD (I. Tim. III), y la depositaria y la maestra de toda verdad propia para formar el hombre, el ciudadano, el cristiano; la Iglesia no es más que una mujer vieja vendiendo leyendas, buenas solamente para entretener y dormir á los niños. Vemos por lo dicho, que la primera cosa que se hace en filosofía es presentar á los jóvenes la religion como una odiosa rival de la razon, y contra la cual la razon nunca podria estar demasiado prevenida. Tenemos, pues, que la primera idea que se imbuye á la juventud cristiana es que la enseñanza del Cristianismo es un conjunto de doctrinas de que se debe desconfiar, no admitiéndola sino como suele decirse, á beneficio de inventario, reservándose los derechos, la accion y la aprobacion de la razon, y que esta enseñanza, no ofreciendo en sí misma nada cierto, sólido, importante, ni formal para el hombre de espíritu, no es buena más que para el pueblo, para las mujeres, para los pilluelos y para los imbéciles.

Ahora bien: es necesario ser muy nulo ó muy ciego para no ver que semejantes preocupaciones, sembradas en espíritus vírgenes, no pueden dar otro resultado que corromperlos; inspirarlos una confianza sin límites en sí mismos; llenarlos de vanidad y de presuncion, halagándolos con el loco pensamiento de que la verdad puede ser la conquista de una inteligencia de quince años.

Lo que es cierto es que, desde este instante, principian á mirar con desconfianza, sino con indiferencia y desprecio, todas las cosas divinas y humanas que aprendieron en el hogar doméstico por la via de la fe; que cada uno de ellos principia por creerse bastante autorizado, bastante fuerte para rehacer su religion y

aun la razon, y concluye por perder con toda razon toda religion. Así es como aun en las principales escuelas de filosofía se vende más bien que se instruye á los desgraciados séres que se les confían, y apénas se ve salir de ellas un cristiano por cada mil incrédulos.

Véase, pues, si no es importantísimo tener mucho cuidado con esas tristes nociones preliminares que se dan de la filosofía, y pensarlas en su justo valor. Por fortuna, no hay nada más manifiestamente absurdo que la doctrina de que *la filosofía es el conocimiento de la verdad por la razon*. Probemos, pues, que la filosofía no es esto, principiando por establecer lo que es verdaderamente el conocimiento y lo que es la razon; pues la significacion y el valor que la ciencia moderna da á estas dos palabras, no brillan, como acabamos de ver, más que por la ausencia de toda claridad, de toda exactitud y de toda verdad, de donde nace el abuso escandaloso y funesto que de ellas se hace.

El único punto quizás sobre el cual los filósofos parecen completamente de acuerdo, en las diferentes maneras de definir la filosofía, es que la filosofía no es otra cosa que la espresion de las relaciones del espíritu humano con la verdad.

Ahora bien: nuestro entendimiento, dice santo Tomás, se encuentra con la verdad en las mismas relaciones que nuestra voluntad con el bien: *Intellectus se habet ad verum, sicut voluntas ad bonum (De veritat.)*. Y aun cuando las relaciones de la voluntad con el bien están indicadas por la palabra *amor*, y las relaciones del entendimiento con la verdad se hallan contenidas en la palabra *conocimiento*, siempre resulta que, así como por el amor, la cosa amada se repite en el que la ama, así tambien, por el conocimiento, la cosa conocida se reproduce en el que la conoce: *Omne cognitum est in cognoscente, sicut omne amatum est in amante*.

Resulta de aquí que, así como hay diferentes maneras de *amar* una cosa, así tambien hay diferentes maneras de *conocerla*; y que

hay muchas especies de conocimientos, así como hay muchas especies de amor.

El amor perfecto del bien, es la VIRTUD; y el conocimiento perfecto de la verdad, es el SABER. Repetimos, pues, que así como debe principiarse por distinguir las diferentes especies de amor al bien para formarse una idea exacta de la virtud, igualmente es necesario principiar por distinguir bien las diferentes especies del conocimiento para formarse una idea exacta de la ciencia y del saber. La ciencia moderna, grosera y pequeña en las mismas proporciones en que se cree sutil y grande, no hace caso de estas distinciones; de donde nace su talento funesto para embrollarlo todo, y su impotencia probada para no comprender nada, para no precisar nada relativamente á la virtud y al saber, á la razon y á la filosofía. Procuremos llenar este vacío con el auxilio de los principios de la ciencia antigua, tan sólidos como la naturaleza, tan claros como la luz, tan sencillos como la verdad.

Todo lo que siente, ama. El bruto siente, como el hombre; luego ama como el hombre. Con la diferencia de que el bruto ama solamente el bien material y sensible, y el hombre ama además el bien espiritual y moral. El bruto ama únicamente ESE bien; el hombre ama además EL bien. El bruto ama sólo por instinto; el hombre ama además por eleccion. El bruto ama por necesidad, el hombre por deber.

Lo mismo sucede con el conocimiento. Un sér no puede recibir en sí mismo otro sér más que, ó segun su naturaleza, ó segun su especie intencional, su imágen y su idea. Los séres inanimados, insensibles, no reciben en sí mismos otro sér que del primer modo; los séres animados y sensibles, lo reciben de dos maneras á la vez. Una piedra aproximada al fuego recibe el calor segun su naturaleza; pero el hombre y el bruto, tocados por un cuerpo caliente, no sólo se ponen *materialmente* calientes, sino que tambien reciben *intencionalmente* el calor, se forman la especie, la imágen ó la idea del calor, sin ninguna mezcla de la materia. Es decir, que

no sólo son modificados ó alterados por el calor, como la piedra, sino que además *sienten* el calor, lo cual no le sucede á la piedra,

Así, pues, *sentir* es recibir en sí el objeto material sin la materia; como el pan y el lacre reciben la señal del sello, sin la materia del sello.

Pero recibir en sí el objeto exterior segun su especie intencional, su imágen ó su idea, es conocerlo, puesto que el conocimiento no es otra cosa que la reproduccion intencional de la cosa sentida en el que la siente; y de esta manera la cosa conocida *es* en el que la conoce: *Omne cognitum est in cognoscente*. Al conocer una piedra, dice santo Tomás, no es la piedra, sino su especie la que pasa á mi alma y permanece en ella: *Non lapis est in anima, sed species ejus*.

Así, pues, *conocer* no siempre es *sentir*; pues las cosas puramente intelectuales son muy *conocidas* tambien, sin ser *sentidas*; pero *sentir*, es siempre *conocer*; todo lo que es verdaderamente sentido es conocido, y todo lo que siente, conoce. Hé ahí lo que sucede con el *conocimiento* y la *sensacion*. Veamos ahora lo que sucede con la razon (1).

El bruto siente como el hombre. El bruto *conoce*, pues, igualmente que el hombre; pues recibe en sí mismo, como el hombre, la especie intencional sin la materia, ó la imágen de las cosas sentidas; pero el hombre y el bruto conocen de la misma manera que aman. Así, pues, el bruto conoce únicamente las cosas materiales y sensibles; el hombre conoce, además, las cosas espirituales é insensibles. El bruto sólo conoce ESTE hombre, ESTA cosa, ESE lu-

(1) Advertiremos al lector que estas nociones tan simples y tan elementales, y, sin embargo, tan ignoradas ó alteradas por los filósofos modernos, y que no hacemos más que indicar aquí, se encuentran extensamente explicadas, desenvueltas y establecidas, con toda especie de argumentos, en el curso de esta obra. Basta, pues, para admitirlas por de pronto, al ménos provisionalmente, hasta que llegue el caso de convencerse más adelante de su verdad, de su importancia y de su enlace con los más altos dogmas de la filosofía.

gar; el hombre conoce, además, EL hombre, LA cosa, EL lugar. El bruto *conoce* simplemente; el hombre *entiende*, además (*intelligit* ó *intus legit*), lo que conoce. El bruto no conoce más que los individuos; el hombre, en un solo individuo, conoce toda su especie. El bruto no conoce más que lo particular; el hombre ve en lo particular lo universal. El bruto no tiene en sí más que la *imagen* del objeto; el hombre tiene, además, la *idea*, ó la concepción universal; pues así como sentir es percibir lo material sin la materia, así también tener la idea de la cosa y comprenderla, es percibir lo particular independientemente de todas las particularidades.

Pues bien, aplicando estas concepciones generales, estas ideas á los casos particulares, es como el entendimiento humano descubre lo que, en esto, le era desconocido ó incierto, y cómo *raciocina*; pues raciocinar no es otra cosa que *discurrir*, proceder de lo desconocido á lo conocido, de lo incierto á lo cierto.

Un sér animado, que yo no he visto en otro tiempo, que no conozco, se presenta delante de mis ojos. Quiero saber lo que es, quiero conocerlo; y ¿qué hago? Le aplico sucesivamente una de las ideas que poseo de las diferentes especies de seres animados; y percibiendo que tal ó cual otra de esas ideas le conviene, concluyo de aquí que *es un hombre, ó un caballo, un buey, ó una oveja*; conozco entonces este sér, y sé lo que es. Se me habla de una acción humana, nueva del todo para mí; no sé, pues, lo que debo pensar de ella. ¿Qué hago en esta ocasión? Le aplico las ideas que tengo del bien y del mal; y según veo que es conforme á una ú otra de estas ideas, concluyo que es un acto virtuoso ó un acto criminal. Conozco esta acción por lo que ella es.

Esto es lo que se hace en todo silogismo, y hé ahí por qué el silogismo es la fórmula natural del raciocinio. Se aplica una de las *premisas*, que es siempre una proposición general, á la otra premisa, que es siempre una expresión particular; y viendo que lo que se afirma por la proposición particular está contenido en lo que

es afirmado por la proposición general, se concluye que el particular en cuestión pertenece á tal categoría de seres, posee verdaderamente tales ó cuales otras propiedades; se conocen de este modo su naturaleza y propiedades, y se sabe lo que es.

Acabamos de ver que las *ideas*, ó las concepciones generales de las cosas particulares, en tanto que están en nuestro espíritu, ó en tanto que hay ecuación entre ellas y el entendimiento, son verdades *universales*; y que los conocimientos ó las concepciones particulares de la naturaleza y de las propiedades de los seres, en tanto que están también en el espíritu, ó que hay ecuación entre ellas y el entendimiento, son verdades *particulares*. Así, pues, raciocinar no es otra cosa que servirse de una verdad universal, para asegurarse la conquista y la posesión de una verdad particular.

Como tal conquista y tal posesión sólo se obtienen por las ideas, como es imposible raciocinar sin ellas, y como son la fuente, el principio de todo raciocinio, se llaman también *verdades, principios, primeros principios*, ó simplemente *principios*. Por consiguiente, los primeros principios, ó los principios, son las verdades universales, las ideas que el espíritu se forma inmediatamente por su propia virtud, y que no se derivan de ningún otro principio, de ninguna otra idea. Y como no se raciocina sino con las ideas, se concibe que la razón no es otra cosa que el mismo entendimiento humano aplicando los primeros principios, los principios universales, las ideas á las cosas particulares para saber exactamente lo que son; y que la definición más sencilla, más exacta y más bella de la RAZÓN es la que santo Tomás ha dado, llamándola: el HÁBITO DE LOS PRIMEROS PRINCIPIOS: *habitus primorum principiorum*. Diríase que, con esta definición, la razón se ha definido á sí misma.

Verdad es que el doctor Angélico ha definido así el entendimiento. Pero según santo Tomás, apoyándose en san Agustín, en el hombre, el entendimiento, el espíritu y la razón son una sola y una misma cosa, y una sola y una misma potencia: *Ratio et in-*